

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 28 Enero de 1893

Núm. 35

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^á, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



SS. MM. EL REY DON ALFONSO XIII Y LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA

GRUPO EN MÁRMOL DE VENANCIO VALLMITJANA

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — Polvos y lodos (conclusión), por el P. LUIS COLOMA. — Romance satírico (poesía), por FRANCISCO DE QUEVEDO. — El sastre avisado, traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de JOSEF JACOBS, por JOSÉ COROLEU. — Plantas y flores, por E. N. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos. — Advertencias.

Grabados. — SS. MM. el rey don Alfonso XIII y la Reina doña María Cristina, grupo en mármol de VENANCIO VALLMITJANA. — Jarrón en el parque de Barcelona, de JOSÉ REYNÉS. — Retratos de Mr. Grover Cleveland, presidente de los Estados Unidos, y de su esposa Mrs. Cleveland. — Nobleza obliga, por RAMÓN ESCALER.



Crónica

PARIRÁN los montes y nacerá un ridículo ratón, dice la fábula, y esto ha sucedido con el Ayuntamiento de Barcelona. Tras de traer y llevar expedientes, tras de conciliábulos repetidos entre los prohombres fusionistas y el gobernador de la provincia, después de haberse dicho y asegurado que se iba á suspender todo el Ayuntamiento, ha venido á resultar á la postre un pastel para acomodar el Cabildo municipal al gusto del partido imperante. La votación en que los concejales conservadores y algunos republicanos aprobaron los préstamos contratados por el alcalde señor Porcar y Tió para salvar el crédito del Municipio, sirvió á los fusionistas, porque obra de ellos es lo que se ha hecho, para suspender todos cuantos dijeron sí en aquella votación. Y como los concejales del fusionismo, acaso ya avisados de antemano, votaron en contra, cátate que éstos, sea cual fuere el estado de la opinión pública respecto de ellos, seguirán sentándose en los escaños del Consistorio. Ridículo es, pues, lo que se ha hecho, ridículo y por añadidura injusto, siendo un dato más para que la gente imparcial se llame á engaño sobre las promesas que en la oposición hicieron los liberales, cosa, empero, que no ha extrañado á cuantos saben bien lo que es hoy desgraciadamente la política en nuestro país y más en determinados partidos.

* * *

Marruecos ha ocupado la atención de los políticos y de la prensa por causa de las intenciones que se atribuían á Inglaterra. El fracaso del señor Carlos Ewan Smith, cuando se dirigió á Fez para concertar un tratado de comercio ventajoso á su nación con preferencia, diciendo, no obstante, que se hacía en beneficio de todos los Estados europeos, puso de mal talante á la Gran Bretaña, que ardía y arde en deseos de darle á entender á S. M. Sherifiana que no se niega impunemente á aquella poderosa nación lo que conviene para sus intereses materiales. Ha buscado, por lo tanto, ocasión en que darles un disgusto á los marroquíes, y se creyó que ya había llegado con la muerte dada por la policía de Tánger al súbdito inglés Juan Trinidad, vecino de Gibraltar, que con otros había promovido tumulto en las calles de la citada ciudad africana. Pretexto era esto al fin, no motivo que hiciese necesaria una intervención diplomática. Los gobernan-

tes marroquíes por un lado y los gobiernos de Europa por otro, han contenido los ardores de Inglaterra, si en realidad éstos han existido; los primeros deteniendo á los agentes de policía que hicieron fuego sobre el súbdito inglés, y los segundos poniéndose en guardia inmediatamente y dando á comprender á la Gran Bretaña que no consentirían fácilmente un desembarco en Tánger, y mucho menos una ocupación. Qué pasaría en el caso de que los ingleses llevasen adelante sus propósitos, es difícil asegurarlo de antemano, porque el triunfo es hoy muchas veces del más osado, si á esta cualidad añade el ser fuerte; mas no cabe duda alguna de que en Tánger podría iniciarse un conflicto europeo cuyas terribles consecuencias sería difícil prever. Parece, no obstante, que las últimas noticias son más tranquilizadoras y que todavía no ha salido de Londres M. Ridgeway, militar y diplomático, que va á Tánger con encargo especial de su gobierno para reanudar las negociaciones que el Sultán y sus ministros interrumpieron tan bruscamente, obligando á sir Carlos Ewan Smith á marchar á Tánger y de allí á su patria.

* * *

La boîte à surprises va siendo el famoso asunto del canal de Panamá. A cada día salen complicados en sus agios y malversaciones distintos personajes. El ex ministro M. Baïhaut ha sido uno de los últimos. Se le acusa de haber recibido en 1886 una crecida suma para presentar á las Cámaras el primer proyecto de ley relativo al empréstito de las obligaciones sorteables del Panamá, proyecto que M. de Lesseps retiró poco después ante la oposición de la Cámara y que volvió á presentarse en 1888 cuando los diputados estuvieron mejor dispuestos. M. Baïhaut, que se halla preso, ha confesado, según parece, que recibió dinero, si bien niega que ascendiese la cantidad á un millón de francos como se aseguraba. Cuando presentó el primer proyecto era ministro de Obras públicas y en aquella ocasión lo refrendó M. Carnot, que tenía el ministerio de Hacienda; de ahí que algunos crean también que la borracha del Panamá llegue á envolver al mismo presidente de la República. Otra de las personas que en los últimos días han dado juego en las audiencias del tribunal que entiende en este proceso es el célebre ingeniero M. Eiffel, á quien ya nos referimos en una de nuestras últimas revistas. De M. Eiffel se afirma que recibió del Panamá la friolera de treinta y tres millones de francos como contratista de las obras del canal. Esto en sí nada querría decir, porque hubieran podido exigir aquella crecida suma la magnitud y la dificultad de las obras; mas es cosa edificante y que ha producido asombro el haber declarado otro ingeniero que los trabajos llevados á cabo en el canal por M. Eiffel costarían á lo más de cuatro á cinco millones de francos. ¡Estupendo caso por cierto! Este malhadado asunto, que ya produjo la caída del ministerio francés presidido por M. Loubet, ha ocasionado después la del que tenía por presidente á M. Ribot, esta vez para facilitar la salida de M. Freycinet, otra reputación que se ha venido al suelo arrollada por los escombros del Panamá. Otro tanto le ha pasado á M. Floquet, el presidente de la Cámara de diputados, que hubo de dejar su cargo, reemplazándole M. Casimiro Perier, mientras el citado M. Ribot reconstitúa el gabinete.

* * *

Malhadado hemos apellidado repetidas veces al asunto del canal de Panamá y lo es, en efecto, por los inmensos daños que ha ocasionado al mundo entero. La baja

ocurrida por este motivo en los valores del Estado franceses, la que seguidamente han tenido las acciones y obligaciones de caminos de hierro y de otras empresas representan una cantidad enormísima que persona perita en tales materias calcula en 2,800.000,000 de francos, doble suma de la que representa todo el capital, en diversos conceptos, del canal de Panamá. ¿Y qué le habrá pasado al comercio en todos sus grados? Espanta pensarlo e imaginar los graves disgustos que por tal causa estarán sufriendo muchísimas familias. Nuestros valores, que tan ligados se hallan con Francia, han experimentado asimismo una baja considerable, tanto más sensible cuanto que coincide con el alza en el cambio de los francos. La situación francesa es, pues, harto difícil y no poco peligrosa. Los que atribuían al señor Cánovas del Castillo y á su gobierno nuestro malestar en este punto, pueden ver ahora que con el señor Sagasta en el poder ha empeorado aún, no advirtiéndose señal alguna de mejoría.

* * *

El jefe del ministerio en Bélgica, M. Beernaert ha dado á conocer á los presidentes del Senado y de la Cámara de los diputados las proposiciones revisionistas que se propone defender en el Parlamento. Estas proposiciones entrañan cambios atrevidos y cuyos resultados no pueden adivinarse fácilmente, siendo, por añadidura, mucho más aventurado hacer vaticinios acerca de ellos, no conociendo muy á fondo el carácter y los sentimientos del pueblo belga. Á 140,000, entre contribuyentes y capacidades, alcanza ahora el censo de Bélgica, y si se aprueban los proyectos de M. Beernaert se pasará de un salto al número de 750,000 ú 800,000 electores. Hoy, empero, el ciudadano belga es elector á los veintiún años; en lo sucesivo no podrá ejercer el derecho de sufragio hasta los veinticinco años para la Cámara de diputados y hasta los treinta y cinco para el Senado. La cualidad electoral no será un simple derecho, como en el día, sino una obligación, como la de jurado ó concejal, por ejemplo, sufriendo pena los que dejen de emitir su voto. Patrocinan, además, sistemas electorales distintos M. Nothomb, ex ministro de Estado; M. Janson, los socialistas, que quieren el sufragio universal á los veintiún años, sin limitaciones, y M. Frere Orban, que lleva por fin dar la hegemonía á los electores formados en las escuelas neutras y librepensadoras, á toda la masa escéptica y descreída de las grandes ciudades y de los centros industriales.

* * *

Se han celebrado en Madrid las sesiones de la Asamblea de las Cámaras de Comercio. En ellas se han discutido los distintos asuntos que están hoy sobre el tapete, por haber originado reclamaciones de las Cámaras y de los centros productores. Entre ellos figura en primera línea la Ley del Timbre, que tanta oposición ha suscitado desde sus comienzos y cuyas disposiciones, por excesivamente minuciosas y sobrado casuísticas, producirían cada día conflictos, algunos quizás muy graves, entre el comercio y la industria y la administración del Estado ó las empresas que tuviesen en arriendo determinados impuestos. Las Cámaras de Comercio acordaron pedir la derogación, ni más ni menos, de la Ley del Timbre por onerosa, acuerdo que será origen, probablemente, de que se suavice el rigor de las disposiciones contenidas en la expresada ley. Contra la de los alcoholes y contra su Reglamento también se ha levantado viva oposición, que ha tenido eco en la Asamblea de que hablamos. No se piden

para esta ley acuerdos tan radicales, aunque sí contra el Reglamento, cuya suspensión ha sido solicitada con insistencia, ínterin se procede á su revisión. Este estado de cosas dará un resultado nada ventajoso para nuestra Hacienda, cual será el de que en el actual año económico aparezcan muy mermados los ingresos por los expresados conceptos.

* * *

Ha entregado su alma al Criador, en la corte, el veterano general Castillo, que en la última guerra carlista defendió noblemente la invicta ciudad de Bilbao. Era uno de esos hermosos tipos de militar español, valientes, caballerosos, cristianos, rigurosos ordenancistas que van desapareciendo de día en día. Las bendiciones de cuantos le trataron le han acompañado á la tumba. S. M. la Reina Regente, siempre pronta á premiar los servicios y á honrar la memoria de sus fieles súbditos, quiso que se tributaran al cadáver del general Castillo los más grandes honores militares, pero lo impidió la expresa voluntad del difunto. Quiso el general que no se le tributases honores, que ni siquiera se avisase la hora del entierro, que se le amortajase con hábito carmelitano y que se pusiese su cadáver en el suelo. Rasgos de humildad cristiana, complemento de una vida empleada en hacer el bien y en alabar á Dios, que le habrán valido al alma del valiente general corona inmarcesible en la gloria eterna!

B.

Polvos y lodos

(CONCLUSIÓN)

III



Hla mañana siguiente era ya la una, y aún no se había levantado Manolo; mas no por eso dormía. Recostado desde el amanecer en los almohadones de su lecho, fijaba su hosca mirada en el suelo, y quizá por primera vez en la vida daba entrada su espíritu á la reflexión, fuerte y poderosa palanca del bien, si la conciencia le sirve de punto de apoyo. Atrajale esta luz clarísima dentro de sí mismo; mostrábale el precipicio que la pasión le había ocultado, y sacudía las fibras de su alma, despertando los últimos restos de pundonor y de vergüenza que en ella quedaban. Horrorizábase entonces de haber intentado pagar una deuda con un robo; quería á todo trance hallar un arbitrio que le pusiese á cubierto de la ruina y la deshonor, y afanábase por combinar un plan de vida tranquila y morigerada. Mas en vano tiraba cálculos y trazaba planes; anegada su razón en un mar de ideas opuestas, parecía oscilar como una luz que se apaga, dejando tan sólo claras ante su vista aquella estaca del artesano que se levantaba amenazándole y aquel cortinaje de seda que se movía, cual un testigo que le acusase. Furioso entonces Manolo se revolvía en su lecho y mordía las almohadas desesperado... De nuevo volvía á todas partes los ojos, de nuevo dirigía á todas partes sus pensamientos y de nuevo tornaba á encontrarse encerrado en aquel círculo de ignominia en que le aprisionaban sus deudas y su deshonor... ¡Tan sólo el infeliz no elevaba

sus ojos al cielo, cuya misericordia nadie le había mostrado! ¡Tan sólo no los levantaba á María, remedio de todas las angustias, á quien nunca le enseñaron á llamar *Madre!*...

Pasaban entonces en su imaginación, cual sombras fantásticas, aquellos ya lejanos días de ventura, llenos de opulencia y de goces, añadiendo á su angustia la amarga angustia del bien pasado que en la desgracia se recuerda, uniendo á su dolor el merecido dolor del bien que por nuestra culpa se llora perdido... ¡Dolor sin remedio, dolor punzante cual ninguno, que despierta ya en el alma del que sufre algo de la impotente rabia del condenado!

—¡Ah! decía el infeliz sollozando; ¡si yo supiese ganarme la vida! ¡Si yo tuviera fuerza de voluntad para vencerme!... ¡Si desde niño hubieran castigado mi insolencia y domado mis caprichos!... ¡Ay! ¡Mi padre no quiso que mi ayo me reprendiese, y hoy me abofetea un villano!... ¡Mi madre no consintió que mi profesor me amenazara, y hoy me amenaza un presidio!...

¡Y el infeliz Manolo ocultaba el rostro en las almohadas llorando como un niño, sin consuelo de los hombres, á quienes no osaba confiar sus penas; sin consuelo de Dios, á quien no le habían enseñado á invocar nunca!... ¡Ah! ¡si aquel padre, si aquella madre hubiesen podido contemplar desde la eternidad el dolor y la ignominia de aquel hijo de sus entrañas, cuán prudente hubieran juzgado la previsión de esos otros padres ricos, opulentos, grandes, que no se desdeñan de dar á sus hijos una carrera que les asegure ese mañana, siempre, y hoy más que nunca, incierto! ¡Cuán saludable es esa severa disciplina de colegio, que acostumbra al niño á la obediencia y al trabajo para preservar al hombre de la ociosidad y la soberbia! ¡Qué profundo aquel dicho de Luis XIV cuando, arrastrado por su fogosidad, nunca domada, á un acto de cólera indigno de un rey, exclamaba desolado: «Pero no había varas en mi reino cuando yo me educaba?...»

Un golpe dado á la puerta de la alcoba vino á sacar á Manolo de sus amargas reflexiones. Al oírlo se incorporó de un salto en el lecho con esa zozobra compañera siempre de la mala conciencia, y no se atrevió á contestar. Abrióse entonces la puerta y entró su ayuda de cámara con una carta. Manolo miró por todas partes aquel sobreescrito cuya letra no conocía: decidióse al fin á romper el sobre, y cuatro mil reales en billetes de Banco cayeron sobre las ropas del lecho. Manolo creyó que soñaba; vió entonces que acompañaba á los billetes una carta sin firma, y en el colmo de la sorpresa leyó en ella lo siguiente:

«Conozco las luchas de la vida, y sé cuán peligrosas son para la juventud sin experiencia y sin apoyo. Permitame usted, pues, que le ofrezca el mío, impulsado por el recuerdo de la amistad que me unió con su padre. Desde este momento puede usted solicitar en el ministerio de Estado el destino que más sea de su gusto, en la firme persuasión de que le será concedido; y por si acaso se encuentra usted al presente en alguno de esos apuros tan comunes en los jóvenes, permítame que le ofrezca este insignificante préstamo, que no creo pueda herir su delicadeza. Yo mismo he de reclamar su pago cuando se encuentre usted en disposición de hacerlo.

»No es el trabajo lo que deshonra, mi buen amigo: ánimo, pues, y escuche mientras tanto un leal consejo, que, si en algo le punza, es tan sólo para curarlo. Difícil es ser pobre sin decoro, á quien fué quizás rico con orgullo; pero si quiere usted que se le haga fácil, practique sus deberes religiosos y pronto echará raíces en su alma esa hija de la fe que se llama conformidad cristiana.»

Manolo leyó y releyó esta carta, y fuera de sí, de alegría, se arrojó de la cama, sin que un pensamiento de gratitud hacia aquel bienhechor misterioso acudiese á su mente; sin que un movimiento de acción de gracias hacia la Providencia divina, que le tendía la mano, brotase en su corazón egoísta, y como tal, ingrato... Ya tenía con qué pagar su deuda al temible carpintero; ya tenía en aquel destino prometido una base en que asentar aquella vida nueva que deseaba; y sintiendo con esto ahuyentarse sus recelos y disiparse sus temores, llegaba hasta creer imposible que la vieja condesa hubiera descubierto su robo. ¿Acaso no pudo el viento mover aquellas cortinas? ¿Acaso no eran éstas de seda y podían crujir al moverse? En cuanto al pañuelo, pudo dejarlo caer la condesa cuando se despidió de Manolo; y el grito... ¡ah! aquel grito ahogado, cuyo recuerdo le daba escalofríos media hora antes, le parecía entonces, sin duda de ningún género, que debió de ser tan sólo efecto de su azorada fantasía. Ocurriósele al fin lo que, desde luego, debió de ocurrírsele: que quizás la misma condesa había escrito aquella carta. Pero no comprendiendo en los demás la generosidad que en sí no tenía, achaque común á todos los mezquinos, examinaba la letra, que parecía disfrazada, diciéndose convencido:

—¡Imposible!... Yo en su caso hubiera hecho arrojar al ratero por la ventana... Esta carta tiene que ser de algún buen amigo de mi padre, á cuya noticia ha llegado el escándalo de aquel maldito carpintero.

Así son á veces los hombres, y así era siempre Manolo; así ahuyentaba sus temores con sus deseos, y de tal manera los transformaba en realidades, que cuando llegó la hora de comer se vistió con su elegancia de costumbre y se encaminó con la mayor frescura á casa de la condesa.

—¡Audacia! ¡audacia! se decía para acallar aquello temores que, á medida que se acercaba al palacio, de nuevo le asaltaban. Si nada sabe, nada arriesgo... Si algo sospecha, mi audacia la desorienta... Si lo sabe todo, queda siempre el recurso de negar ó el de pedirle perdón confesándole mi culpa... Apelaré entonces al patético, que es arma á que las mujeres nunca resisten.

Al atravesar el anchuroso vestíbulo, los lacayos se levantaron para saludarle respetuosamente, y Manolo sintió que enrojecía hasta el blanco de los ojos. Flaquearonle las piernas al subir la escalera, y al verse frente á frente de aquel rico *portière* de terciopelo, en cuyo fondo se destacaban bordadas las armas de la ilustre condesa, de tal modo reflujo la sangre á su corazón, que tuvo que detenerse allí por varios minutos. Dueño al cabo de sí mismo, entró con paso firme al gabinete y... vió que la condesa le tendía la mano con la misma amabilidad de siempre, sin que el menor rastro de sorpresa, de indignación ó de disgusto asomase en aquella imponente fisonomía, en que se hermanaban entonces, como todos los días, la dignidad de una reina y la dulzura de una santa.

Manolo sintió un movimiento tan vivo de alegría, que estuvo á pique de venderse; contúvose, sin embargo, y, alegre y chancero como nunca, se puso á bromear con los otros invitados que aquel día tenía la condesa. Esta, por su parte, le prodigó las atenciones de siempre, sirvióle ella misma las famosas *côtelettes* de que tanto gustaba, y cuando ya se despedía el ratero, bien entrada la noche, le preguntó de modo que todos los presentes pudieran oírlo:

—¿Vas á la ópera, Manolo?

—A lo menos iré al terceto, respondió éste: cantan esta noche *Lucía*.

—Pues me vas á hacer un favor, y me ahorraras escribir una carta... Allí estará la baronesa, porque hoy le toca

su turno; hazle una visita de mi parte, y dile que ahí llevas el importe de los billetes de la rifa que me envió esta mañana.

Y al decir esto la señora, puso en manos de Manolo, de modo que todos lo vieran, un bolsillo de raso lleno de dinero. Aquella prueba de confianza acabó de disipar los temores de Manolo, y lleno de alegría se dirigió al teatro, repitiendo casi en voz alta:

— ¡Nada sabe! ¡Nada sabe!... ¡Me he salvado!

Al volver á su casa á las altas horas de la noche, como tenía por costumbre, se le ocurrió leer de nuevo la carta anónima: notó entonces una cosa en que antes no se había fijado; y era que despedía aquel papel el mismo suave perfume de piel de Rusia, esencia favorita de la condesa, en que estaban impregnadas sus cosas y su persona.

— ¡Imposible que sea ella! exclamó Manolo tirando la carta con rabia. ¡Si así fuera, sería esa mujer el demonio del disimulo!...

— Y no se le ocurrió decir al ingrato el ángel de la delicadeza!

A pesar de estas nuevas dudas, se levantó Manolo á la mañana siguiente perfectamente tranquilo. Su plan estaba formado; había de pagar, antes que nada, su deuda feroz al carpintero, cuya estaca y cuyos gritos le inspiraban tan serios cuidados; había después de firmar obligaciones de todas sus deudas; solicitaría luego un consulado en Rusia, único país de Europa que no había visitado; y allí, viviendo tranquilamente de su sueldo, iría pagando poco á poco lo que debía, al mismo tiempo que probaba los placeres de los climas fríos, de que hasta entonces no había disfrutado.

A las doce se dirigió Manolo, con los billetes en el bolsillo, á pagar él mismo su deuda al infeliz carpintero: temía que si daba esta comisión á algún criado se compensase éste con aquella cantidad de sus salarios atrasados. No lejos del taller del carpintero, detúvose para dejar franco el paso á un gran coche de caza, tirado por cuatro caballos, que guiaba un caballero.

— ¡Manolo! gritó éste deteniendo el coche. ¿No vienes al hipódromo?

— ¡No, no puedo! respondió Manolo, alejándose al reconocer en el que guiaba y en los que ocupaban el coche á seis ó siete de sus elegantes camaradas.

— ¡Mira! ¡Manolo! ¡Vén acá! ¡Vamos á las carreras! gritaban los del coche. Uno de ellos echó pie á tierra y le cogió por un brazo; otro sacó de debajo del asiento una botella de Jerez, todavía ladrada, y, echándose la cara cual si fuese una carabina, gritaba apuntándole:

— ¡O vienes, ó disparo!...

Manolo procuraba excusarse. Entonces se inclinó desde el pescante el joven que guiaba, y le dijo en alemán, con cierto tono incisivo:

— ¿No tienes dinero para hacer apuestas?

Esta pregunta, hecha para humillarle, por el hijo de un rico banquero, salido de la nada, á quien en su aristocrático orgullo llamaba Manolo *El Marqués del Ocharo*, le irritó de tal manera, que contestó también en alemán, con una arrogancia digna de su futuro consulado:

— ¡Cuántas quieras te hago desde ahora!

Y sin acordarse ya de deudas ni de estacas, subió al coche y se marchó con sus amigos á las carreras de caballos.

Una hora después de tomado el *lunch*, había perdido ya Manolo los tres mil reales del carpintero en diversas apuestas, y debía, además, á cierta marquesa casquivana,

que hablaba de *jockeys* y caballos como el más consumado *sportmen*, unos cuantos pares de guantes, importe de otra apuesta que con ella había cruzado. Aquella noche gastó Manolo quinientos reales en una preciosa caja de sándalo en que envió á la marquesa sus guantes, y para lo poco que ya quedaba de aquel dinero que debía á la más delicada caridad, acabó de gastar el resto en cenar alegremente con unas cuantas amigas, notabilidades afamadas de la Compañía de Bufos!...

— ¡Cuán poco puede el hombre contra su naturaleza viciada, si no le sostiene esa gracia divina que las sombras del pecado ahuyentan del alma!

IV

Al pie de los Alpes marítimos, y en aquella parte de la alta Italia que ocupa la Lombardía, brota, al lado de un peñasco y en el fondo casi de un barranco, un manantial de aguas medicinales. Bájase á él por una escarpada senda, que recorren los enfermos en bestias ó literas, con riesgo manifiesto de encontrar en el fondo del barranco el remedio total de sus dolencias. A la izquierda se descubre desde una altura Monza, la antigua capital del reino Lombardo-Veneto, y á la derecha queda el camino de Mónaco, la famosa *corbeille de fleurs*, que oculta entre sus hojas esa serpiente venenosa que ha cubierto toda aquella tierra de tumbas de suicidas: la ruleta de Baden-Baden, que, expulsada de Alemania, ha ido á labrar en el exiguo principado su magnífica caverna.

La especulación ha levantado al lado del manantial un gran *Hotel*, en que falta al enfermo una capilla en que pedir á Dios misericordia, y no le falta, sin embargo, un salón de baile en que prepararse á morir, ni una ruleta, sucursal de la de Mónaco, en que ganar el dinero para su entierro.

— ¡Qué triste es ver agitarse allí, al compás de un piano, unas piernas á que pronto comunicará la muerte su rigidez espantosa! ¡Qué horrible ver adelantarse una mano descarnada para fiar á un punto de la ruleta cantidades que debieran de estar ya consignadas en un testamento!

Mézclanse allí, entre las gentes honradas que vienen á tomar las aguas, algunos de los opulentos jugadores de la *Contamine* de Mónaco, y algunos de esos otros tahúres y bribones que pululan alrededor de las mesas de juego, como asquerosas ratas á caza de desperdicios. Allí se hablan todos los idiomas, corren todas las monedas, se cometan todas las infamias y se sufren todos los dolores... Allí también acude de cuando en cuando la muerte á escarbar en aquel cenagal de enfermedades y de vicios, para sacar á tirones de este mundo á un alma que cae en manos de Dios vivo, mientras en el hotel siguen, tabique por medio, jugando, bailando y sufriendo.

Por Agosto de 18** llegó á este famoso hotel, acompañando á otro Padre enfermo, que iba á tomar las aguas.

Habíase recogido una noche mi compañero más temprano que de ordinario, por hallarse algo fatigado, y á la luz de una vela de esperma me preparaba yo, en el aposento inmediato, á escribir algunas cartas. Aún no había comenzado mi tarea, cuando llamaron á la puerta: era una camarera del hotel, que me buscaba para auxiliar á un moribundo. Detúveme tan sólo el tiempo necesario para coger mi crucifijo, y seguí en pos de ella por aquel dédalo de corredores, guarneidos por todas partes de puertas.

— ¿Y está muy grave? le pregunté por el camino.

—Yo creo que está ya muerto, me contestó con la mayor naturalidad. Esta mañana me dijo que avisase á un sacerdote que había visto en la fuente, y yo me olvidé de ello... Entré esta noche á ver si quería algo, y ya no contestaba... ¡Madonna mía! ¡Qué miedo, verle boca arriba, mirando al techo!...

Comprendí que no era ocasión de decir á aquella mujer lo que merecía, y me limité á apretar el paso, mientras le preguntaba:

—Pero el médico ¿qué ha dicho?

—Si el médico no lo ha visto, *signor!*... Ese hombre no viene á las aguas; viene á la ruleta... Es un pobrete, *signor*; paga sólo tres liras...

Llegamos por fin al último piso del hotel, y se detuvo mi guía ante una puerta entreabierta; allí se despidió, diciendo que era necesario avisar al amo, para que sacase antes del alba el cadáver de aquel hombre que aún no se sabía si había muerto. Penetré, pues, solo en aquel cuchitril infecto, en que no había más que dos sillas, una mesa y una especie de catre de tijera. En él se hallaba tendido boca arriba un hombre que respiraba fatigosamente: tenía los ojos cerrados, y una mano delicada y blanca, cual la de una dama, salía por entre las ropas del lecho, oprimiendo fuertemente algunas prendas de vestir viejas y mugrientas, con que sin duda había procurado arroparse. A la luz de la bujía que allí encontré encendida, examiné aquellas facciones, en que la muerte había impreso ya su característico sello: era un hombre de más de cuarenta años, y sobre la palidez cadavérica que cubría su semblante destacábanse esas manchas rojas y granujientas, amoratadas entonces, que producen las bebidas alcohólicas en las personas dadas á este vicio. No me desalenté, sin embargo; ocurrióseme al punto que aquel hombre podría ser un vicioso, y hasta un criminal, pero no era seguramente un impío. El hecho de haber pedido un sacerdote revelaba ese resto de fe, más ó menos viva, que establece un abismo sin fondo entre la impiedad formal y el mero libertinaje.

Removíle primero suavemente, y después con violencia; hablé luego al oído en cuantos idiomas sabía, pues ignoraba cuál era el suyo. Mas el moribundo permanecía siempre inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, respirando de aquel modo fatigoso, semejante ya al estertor de la agonía, y latiendo su corazón apresuradamente, cual un reloj que gasta su cuerda rota.

Imposible era administrarle el Sacramento de la Extremaunción, porque el pueblo más cercano era Roccabruna y distaba más de una hora de camino por la áspera pendiente de la montaña. Fundándome entonces en que, al pedir aquel desgraciado un sacerdote, había demostrado su deseo de reconciliarse con Dios, extendí sobre él mis manos, y *sub conditione* le dí la absolución. Coloqué después mi crucifijo sobre su pecho, y me senté á su cabecera, sin que pudiese prestarle otro auxilio que el de humedecer de cuando en cuando aquellos labios secos, con mi propio pañuelo, que mojaba en un jarro.

Así pasaron dos horas: á lo lejos oía el piano del salón de baile, que tocaba una polka; á mi lado percibía el aliento de aquel hombre desconocido que iba á expirar. Faltóme al fin el aire en aquella reducida estancia, infestada por el vaho del enfermo, y abrí la ventana para respirar un momento. Al frente se veían las de la sala de juego, también abiertas, y pude distinguir, bajo las pantallas verdes de sus lámparas, los rostros ansiosos de los jugadores que se inclinaban sobre la ruleta, y los montones de oro que cubrían el tapete.

Un ruido estridente y desagradable resonó entonces hacia el lecho del moribundo; creí que arañaba en la pared con las uñas, y acudí al punto á su cabecera. Encontré, sin embargo, en la misma postura, inmóvil, como le había dejado. Entonces volvió á resonar aquel mismo ruido, que me causaba escalofríos: era que el moribundo rechinaba los dientes...

A lo lejos tocaba entonces el piano el brindis de *Lucrecia*, y una poderosa voz de contralto cantaba al mismo tiempo su famosa letra, *Il segreto per esser felice...* Oprimóseme el corazón tan fuertemente, que no pude contener las lágrimas; y, obedeciendo á un movimiento espontáneo, acerqué el crucifijo á aquellos labios secos; mas éstos permanecieron mudos e inmóviles, y no lo bebaron.

A las dos movió el moribundo levemente la cabeza, y arrojó por la boca un poco de sangre; diez minutos después entró en la agonía. Entonces me arrodillé á su lado, y comencé á recitar la recomendación del alma. Al llegar á las palabras *Redemptorem tuum facie ad faciem videas.*—*Veas á tu Redentor frente á frente*, el agonizante experimentó una fuerte sacudida. Abrió los ojos, me miró esplendido, echó hacia atrás la cabeza con tal violencia que sentí crujir sus vértebras, y arrojando por narices y boca un mar de sangre negra, se quedó muerto.

Sentí un estremecimiento de horror, que me corría de pies á cabeza, y apenas si pude balbucear hasta el fin aquellas oraciones. Al terminarlas llamé á la camarera, y poco después llegó también el dueño del hotel, acompañado del médico y de otros dos hombres. Adivinando entonces la repugnante escena que iba á seguirse, me retiré á mi cuarto para rezar, por el alma de aquel muerto sin nombre, el oficio de difuntos.

A poco sentí que abrían una puerta que daba al campo situada al pie de mi ventana. Ya el alba comenzaba á clarear, y pude distinguir á dos hombres del pueblo que salían sigilosamente. Llevaba uno al hombro una azada, y el otro conducía del diestro un borrico: sobre éste iba atravesado un bulto, envuelto en una sábana sucia. Toman en silencio una estrecha senda que trepa por la montaña, hasta llegar á Roccabruna, antigua ciudad de Mónaco, perteneciente hoy á Francia. Al volver un recodo del camino enredóse la sábana en un matorral, y, desgarrándose por un extremo, dejó asomar los pies desnudos y agarrotados de un cadáver.

Era él de aquel desconocido, que marchaba ya camino del cementerio.

V

Aquella tarde se presentó en mi cuarto el dueño del hotel suplicándome que le tradujese al italiano algunas cartas en español, encontradas en la maleta del difunto.

—Era un falsario de España, me dijo. Vea usted lo que traía en un doble fondo de la maleta.

Y al decir esto me mostraba varias plantillas falsificadas de billetes de los Bancos de Turín y de España. Miré los sobres de aquellas cartas, y vi, con indecible espanto, que iban todas dirigidas á Manolo...

Entonces se me ocurrió escribir esta historia, para dedicarla á ciertos padres de familia.

P. LUIS COLOMA.

Romance satírico

PUES me hacéis casamentero,
Angela de Mondragón,
escuchad de vuestro esposo
las grandes y el valor.

Él es un médico honrado
por la gracia del Señor,
que tiene muy buenas letras
en el cambio y el bolsón.

Quien os lo pintó cobarde,
no lo conoce, y mintió,
que ha muerto más hombres vivos
que mató el Cid Campeador.

En entrando en una casa,
tiene tal reputación,
que luego dicen los niños:
«Dios perdone al que murió.»

Y con ser todos mortales
los médicos, pienso yo
que son todos veniales
comparados al doctor.

Al caminante en los pueblos
se le pide información,
temiéndole más que á peste,
de si le conoce, ó no.

De médicos semejantes
hace el Rey nuestro Señor
bombardas á sus castillos;
mosquetes á su escuadrón.

Si á alguno cura, y no muere,
piensa que resucitó;
y por milagro le ofrece
la mortaja y el cordón.

Si acaso estando en su casa
oye dar algún clamor,
tomando papel y tinta
escribe: «ante mí pasó.»

No se le ha muerto ninguno
de los que cura hasta hoy,
porque antes que se mueran
los mata sin confesión.

De envidia de los verdugos
maldice al Corregidor,
que sobre los ahorcados
no le quiere dar pensión.

Piensan que es la muerte algunos,
otros, viendo su rigor,
le llaman el día del juicio,
pues es total perdición.

No come por engordar,
ni por el dulce sabor;
sino por matar la hambre,
que es matar su inclinación.

Por matar mata las luces;
y sino, le alumbría el sol,
como murciélagos vivo
á la sombra de un rincón.

Su mula, aunque no está muerta,
no penséis que se escapó;
que está matada de suerte
que le viene á ser peor.

El que le ve tan famoso,
y en tan buena estimación
atento á vuestra belleza,
se ha enamorado de vos.

No pide le deis más dote
de ver que matéis de amor;
que en matando de algún modo,
para en uno sois los dos.

Casaos con él, y jamás
viuda tendréis pasión;
que nunca la misma muerte
se oyó decir que murió.

Si lo hacéis, á Dios le ruego
que os gocéis con bendición,
pero si no, que nos libre
de conocer al doctor.

FRANCISCO DE QUEVEDO (1).

El sastre avispado



PENÍA el gran Macdonald, en su castillo de Saddell, un sastre muy cuco á quien encargó un día que le remendase unos pantalones, hechos de tal manera que iban unidos al chaleco formando con él una sola pieza, adornada con orlas muy visibles, y tan cómoda para ir de viaje como para llevarla en el baile. Al hacerle el encargo prometíole que le daría un buen regalo si desempeñaba su tarea por la noche en la iglesia. No era extraño el ofrecimiento, pues, según de público se decía, aquel viejo y arruinado templo era el punto de reunión de los fantasmas, y al cerrar la noche veíanse en su oscuro recinto cosas muy espantables.

El sastre no lo ignoraba; mas era de suyo animoso y despabilado, y juróse á sí mismo que había de ganar el premio. Así, en cuanto hubo anochecido, bajó al fondo del valle, y entrando en la iglesia, que distaba como una media milla del castillo, sentóse en una tumba, encendió una vela, púsose el dedal y empezó ágilmente su tarea, no pensando sino en la recompensa prometida.

Al cabo de un rato, parecióle notar que el suelo temblaba bajo sus plantas, y alzando los ojos, que tenía fijos

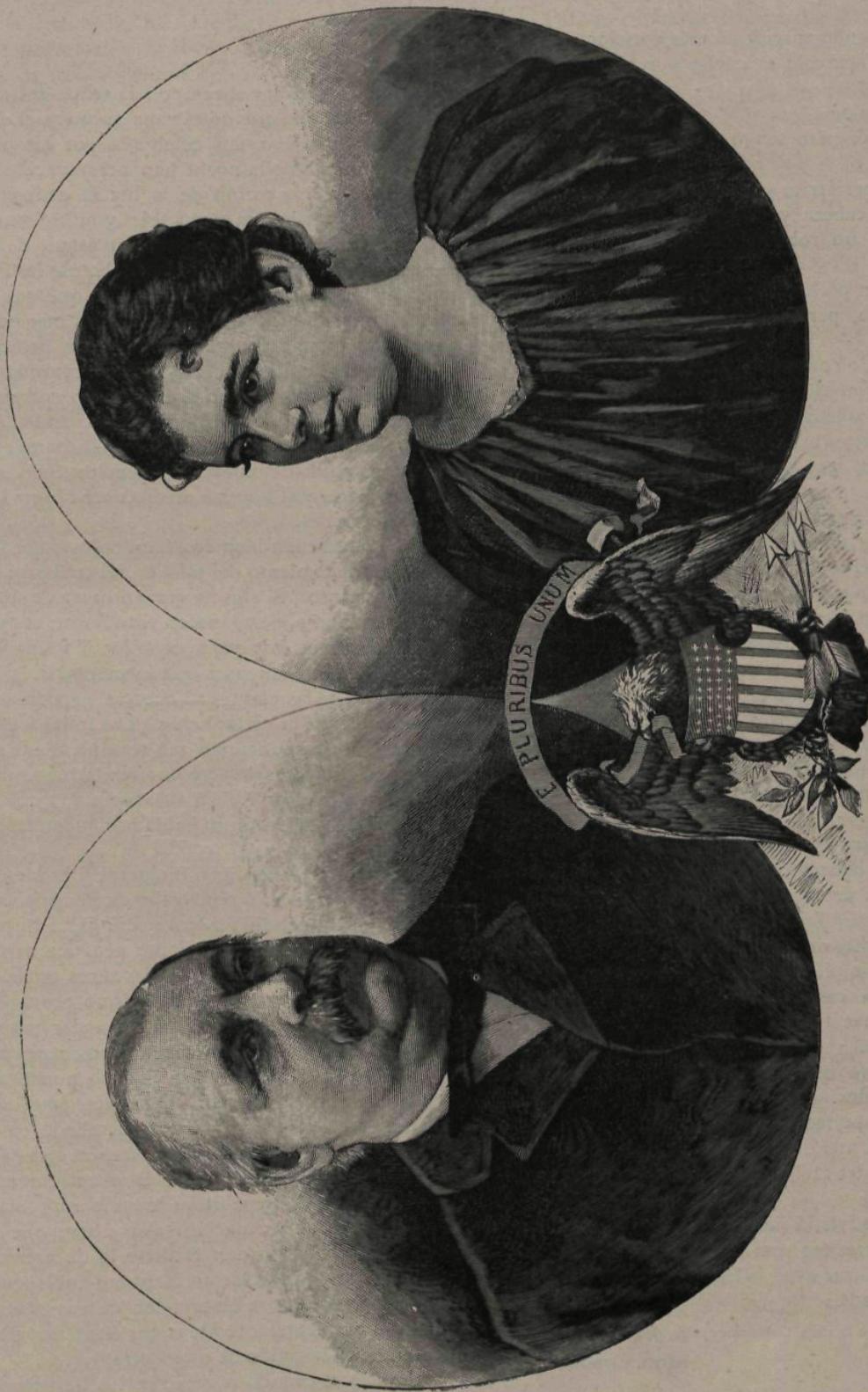
(1) Don Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid en 1580, de una familia ilustre cuyos miembros desempeñaron en la corte elevados cargos. En la Universidad de Alcalá estudió lenguas, llegando á poseer el latín, griego, hebreo, árabe, italiano y francés, dedicándose también á estudios escolásticos, teología, derecho, literatura, filología, física y medicina. Volvió á Madrid con vastísima erudición, y habiéndose batido en duelo y matado á su adversario, fugóse á Italia, donde el duque de Osuna, virrey de Italia, se interesó muchísimo por él, confiándole empleos importantísimos. Envuelto en la desgracia en que cayó el Duque, Quevedo fué confinado á sus tierras, desterrado luego, absuelto, y otra vez desterrado por haber exigido indemnización de los perjuicios que le irrogó aquel primer inmerecido castigo. Durante su destierro en sus haciendas de la Torre escribió la mayor parte de sus poesías, que firmaba con el nombre de Bachiller de la Torre, suponiendo ser éste un poeta del siglo xv. En 1632 fué llamado otra vez á la corte y, nombrado secretario del Rey, casó con una dama de elevada alcurnia y enviudó á los pocos meses. En 1641 se le supuso autor de un libelo contra el Estado y las costumbres y fué arrestado en Madrid. Al cabo de cerca dos años del más duro cautiverio se reconoció su inocencia y fué puesto en libertad; pero salió de su prisión enfermo y sin esperanzas de vida, y se fué á sus tierras, donde murió en 1645. A pesar de lo mucho que se conserva de Quevedo, gran parte de sus manuscritos le fueron robados viviendo él todavía. Quevedo es el gran satírico español y una de las principales figuras de la Edad de Oro de la literatura castellana. En el romance que hoy publicamos se revela bien la personalidad y estilo literarios de Quevedo.



JARRÓN EN EL PARQUE DE BARCELONA

DE JOSÉ REYNÉS

(De fotografía instantánea de R. de Valero)



Retratos de Mr. Grover Cleveland, presidente de los Estados Unidos, y de su esposa Mrs. Cleveland

en su labor, vió una gran cabeza humana que brotaba del pavimento levantando una losa sepulcral y oyó que le decía con voz estentórea:

—¿Ves esta gran cabeza?

—Sí que la veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Y continuó echando zurcidos á más y mejor.

Tras la cabeza apareció el cuello y repitió el mismo vozarrón:

—¿Ves este cuello?

—Sí que lo veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Y continuó impertérrito su tarea.

En pos de la cabeza y el cuello mostráronse unas anchas espaldas y un robusto pecho, y dijo la voz de trueno:

—¿Ves este gran pecho?

—Sí que lo veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Y siguió cosiendo como si tal cosa.

Entonces salieron de la tumba dos grandes brazos avanzando los puños hacia él y añadió la voz:

—¿Ves estos fuertes brazos?

—Sí que los veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Y prosiguió activamente su labor, conociendo que no había que perder tiempo.

Salió después del sepulcro una gran pierna que golpeó fuertemente el suelo y preguntóle la voz misteriosa:

—¿Ves esta gran pierna?

—Sí que la veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Su aguja volaba de modo tal que había concluido su tarea cuando sacó el espectro la otra pierna de la tumba. Sin darle tiempo para incorporarse, cogió la candela y echó á correr llevándose los pantalones, en tanto que el fantasma, dando un espantoso rugido, le iba á los alcances.

Ambos corrían por el valle, más presurosos que el río engrosado por el aguacero; pero el sastre le llevaba mucha ventaja á su perseguidor, y como era muy ligero de piernas, no desconfió ni un momento de ganar la ofrecida recompensa. En vano gritaba el fantasma intimándole que se detuviese; él se hacía el sordo y no paró de correr hasta llegar al castillo. Llamó á la puerta y acababa ésta de cerrarse tras él, cuando llegó á su vez el espectro, y furioso al ver que le escapaba la presa, dió en la pared una fuerte manotada dejando impresos en la piedra sus cinco dedos. Esto es tan cierto como que aún hoy podréis verlos perfectamente si visitáis el castillo y miráis de cerca el dintel de su puerta principal.

Así ganó el sastre avisado la recompensa prometida.

Macdonald no advirtió jamás que en sus pantalones había algunas costuras tan mal cosidas que se les podía aplicar aquel refrán que dice: «Entre puntada y puntada cabe una vieja sentada.»

Traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de JOSEF JACOBS, por JOSÉ COROLEU.

Plantas y flores

II

QUIEN pasee por el campo á la salida del sol se convencerá de que no es vana quimera el *despertar de la naturaleza* tan celebrada por los poetas. Las hojas, que durante la noche han permanecido inclinadas hacia el suelo, á la acción de la luz se enderezan, se extienden y se vuelven más móviles y bulliciosas; en cuanto están despiertas viven en continuo estado de agitación. Preséntanse de nuevo los insectos, ábrense las flores exhalando sus más delicados perfumes, lo que equivale para ellas á llamar con todas sus fuerzas á las mariposas y gusanos. Los estambres y los pistilos dan principio á sus juegos, en las familias donde se hallan reunidos. — La expresión de Linneo, *Mariti et uxores uno eodemque talamo gaudent* es admirable. — Entonces es cuando las antenas provistas de estígmas se mueven misteriosamente; pero al anochecer reina de nuevo el silencio; todo languidece y se adormece, y al llegar á media noche hasta las hojas se hallan inmóviles.

Obsérvense cuán bien acostumbrados están los pájaros á este adormecimiento del follaje, del cual se aprovechan para el descanso. Si alguna vez, en lugar de silbar ó cantar despertándose, permanecen silenciosos, es que durante la noche las hojas *han estado agitadas*. Y los pájaros tienen miedo, saben que amenaza una tormenta.

El sueño de las plantas se observa particularmente en las acacias, el trébol y las habas. Los foliolos de las hojas de estas últimas se inclinan tan sensiblemente al ponerse el sol, que Pitágoras las creyó *vivientes*; y como creyese que tenían alma, prohibió á sus discípulos que comieran de aquella planta, según lo había hecho con respecto á los animales.

Pero ¿qué hubiera dicho Pitágoras si hubiese conocido la dionea papamoscas ó pipírigallo de Bengala, cuyas hojas oscilan como el péndulo de un reloj? ¿Qué hubiera dicho al presenciar la vallisneria, planta acuática originaria del Mediodía de Francia, que tiene los sexos separados y sin que puedan juntarse sobre un mismo punto de apoyo? Crece en las balsas; pero en vez de nadar por la superficie del agua como los nenúfares, permanece en el fondo. Ahora bien; recuérdese que su flor no puede ser fecundada sino en un medio seco. ¿Qué hace, pues, esta planta? El pedúnculo de la flor hembra, arrollado en forma de espiral, en el momento de la floración se alarga y la corola abierta flota sobre el agua. Desgraciadamente la flor con estambres sólo tiene un pedúnculo muy corto. ¿Cómo tendrá lugar la aproximación? Adviértase que ni los insectos ni el céfiro pueden facilitar la de aquella planta. Pues bien, ya que es de todo punto indispensable, las flores con estambres se desprenden de sus pedúnculos y, subiendo completamente libres por entre las plantas con pistilo, andan bogando de una á otra flor...

Entonces es cuando se realizan los desposorios y noviazgos, después de los cuales la flor hembra se encierra, contrae el tallo en espiral y se sumerge hasta el fondo de las aguas para nutrir allí su fruto.

Al anochecer vese que gran número de plantas toman precauciones contra el frío y la humedad. Algunas de ellas, cerradas sus flores, inclinan el tallo y permanecen

LA VELADA

así hasta la hora de despertar. Hay una especie, que pertenece á las familias de las euforbias (*euforbias oleæfolia*), que queda aletargada de esta suerte todo el invierno.

Las flores del loto del Nilo y del nenúfar blanco se sumergen en el agua á la hora del sueño.

Hay plantas que, en cuanto al tiempo en que permanecen dormidas y despiertas, siguen exactamente las horas de la salida y puesta del sol; otras, en cambio, tienen para ello horas fijas, sin relación alguna con la estación del año. La caléndula despierta de cinco á seis de la mañana; si permanece más tiempo cerrada es señal de lluvia.

Algunas tienen un sueño muy irregular, y otras hay que pueden cambiar por completo las horas de descanso por medio de la luz artificial.

Tal vez Pitágoras hubiera prohibido á sus discípulos comer toda clase de vegetales, obligándoles á alimentarse sólo de leche, si hubiese observado que no hay una planta siquiera que no sea susceptible de determinados movimientos. Si se sujetá una rama de manera que su extremidad superior se dirija hacia el suelo, se la verá crecer doblándose sobre sí misma, y la cara inferior de sus hojas doblar su pecíolo presentando la superior hacia arriba. Una planta cualquiera, metida en oscuro subterráneo, toma una dirección especial hacia el ventanillo ó respiradero por donde penetra la luz. Las trepadoras se dirigen por sí solas y á tientas al arbusto ó rodrigón á cuyo alrededor podrán encaramarse.

En los animales puede observarse que cada víscera tiene su función, su oficio especial, y que el conjunto de todos los órganos constituye una armonía admirable, conjunto del cual no puede quitarse parte alguna sin que se destruya el todo. El estómago digiere, el pulmón respira, el corazón envía la sangre hasta los más pequeños vasos; cada parte tiene su misión especial, pero todas, con sus diversas ocupaciones, son tan solidarias las unas de las otras, que no sería posible separarlas sin destruirlas al mismo tiempo.

En las plantas, por el contrario, toda función se realiza á poca diferencia en cada una de las partes de que aquéllas se componen. Ni siquiera la circulación es la función particular de tal ó cual parte del vegetal. En cuanto á la nutrición, aunque parezca propia tan sólo de las raíces, hay que tener en cuenta que son las únicas que están en contacto con la tierra que les sirve de alimento; sin embargo, hay plantas que sólo se nutren de aire.

Por lo demás, no vaya á creerse que las palabras *respirar*, *nutrirse*, cuando se refieren á las plantas, signifiquen operaciones tan diversas y especiales como son las de los animales superiores. En los vegetales todas las funciones se hallan algo mezcladas unas con otras; los órganos destinados á la respiración pueden tomar alimentos en el aire, y las raíces, órganos de la nutrición, desempeñan, en algunos casos, el papel de órganos respiratorios. Si se plantan ramas desprovistas de raíces y de hojas, véselas crecer perfectamente; la vida se manifiesta según el medio en que se desarrollan; debajo del suelo las raíces, en el aire las hojas. La mejor prueba de que ni las raíces ni las hojas tienen una organización distinta, consiste en colocar una planta en situación inversa, es decir, plantar las hojas y las ramas en el terreno, y dejar las raíces á la libre acción del aire, y observar como las hojas se convertirían en raíces y éstas en ramas.

La reproducción de las plantas por medio de rampones prueba también que la difusión de la vida y la ausencia de solidaridad entre las diversas partes de un mismo ser es uno de los caracteres especiales de las plantas.

Pero hay todavía más pruebas de que toda función en un vegetal puede realizarse en cada una de sus partes. Estas pruebas son las siguientes:

1.º Córtese y plántese un pedacito de raíz, la vida continúa en aquélla y pronto aparecerá en la superficie.

2.º Hasta lo que más inerte parece, por ejemplo, un trozo de corteza, es para gran número de árboles uno de los medios de reproducción.

3.º Una hojita metida en tierra y cuidadosamente cultivada, primero echará yemas en el extremo de sus nervaduras y más tarde ramas.

Así como nos hemos ocupado del amor entre las flores podemos también ocuparnos de su amistad. Algunas plantas manifiestan cierta predilección por otras, las buscan y desde muy lejos extienden hacia ellas sus ramas; otras, en cambio, se apartan lo posible unas de otras y hasta algunas veces les es imposible crecer juntas.

Puede también observarse entre ellas ciertos hábitos de familia. En las trepadoras, el lúpulo se enrosca en las ramas volviéndose siempre de cara al sol, mientras que el convolvulo y las judías se enroscan en sentido opuesto.

El guisante y la vid se mantienen sobre sus soportes, por medio de pequeñas manecitas nerviosas adherentes; la capuchina procede de un modo distinto: con sus largos pecíolos (vulgarmente el rabo de las hojas) se enreda en las ramas que se le proporcionan, y el clavel se enrosca por la extremidad de sus hojas listadas.

Se observan familias enteras entregadas á una especie de melancolía, como también las hay que alegran la vista. Las hay inconstantes que cambian de color según las horas del día, tales como el gladiolo, el *hibiscus mutabilis* y hasta la *victoria regina*, que en pocas horas pasa del blanco al rojo. Las hay tímidas, apasionadas y ambiciosas. Algunas son amantes de la soledad, otras sólo viven reunidas en gran número, etc., etc.

Hay plantas que andan poco á poco por el suelo y cada año recorren un espacio de algunos milímetros. Las orquídeas se pasean de esta suerte sin que sea posible reducirlas á la inmovilidad; pero no hay que sorprendernos, pues se ha calculado la velocidad de su carrera, y se puede asegurar que para recorrer un espacio de un kilómetro, emplearían tres mil años aproximadamente. Otras plantas, como por ejemplo, la fresa, andan por sí solas en diversas direcciones á su alrededor llevando sus retoños; la zarza se arroja á lo lejos, se trasplanta por sí sola y produce nuevos zarzales.

E. N.

NUESTROS GRABADOS

SS. MM. el Rey don Alfonso XIII y la Reina doña María Cristina

GRUPO EN MÁRMOL DE VENANCIO VALLMITJANA

Ejecutó primero en tierra cocida Venancio Vallmitjana el grupo que hoy publicamos, el cual hubo de esculpir luego en mármol en tamaño natural para el ministerio de Fomento. Esta obra del laureado escultor es felicísima, y aparte de la exactitud de los retratos, llama la atención como excelente trabajo artístico. La agrupación del Rey y de la Reina es acertada y las dos augustas figuras presentan expresión de majestad, bondad y nobleza. El retrato del Rey, á la edad en que fué sacado, encantaba por su fidelidad con el modelo, ocurriendo otro tanto con la severa cabeza de la Reina Regente. En el grupo de mármol hizo Vallmitjana alarde especialmente de su hábil cincel! Con qué cariño trató las dos cabezas del Rey y de la Reina, modelándolas con exquisita finura y al par con el desempeño holgado que le es propio, puesto que el citado artista ve con horror lo desmedrado y fatigoso! ¡Qué verdad hay en las ricas telas de los vestidos de los Reyes, de los cuales se descubre la calidad, merced á los delicados accidentes puestos en el mármol por el autor! Todas estas bellezas de detalle se funden bellamente en la grandiosidad del conjunto, conforme podrá adivinar quien no hubiera visto el grupo original, examinando la exacta reproducción fototípica que damos en este número.

Jarrón en el Parque de Barcelona

DE JOSÉ REYNÉS

Esta notable obra escultórica, colocada en el Parque de esta ciudad, honra á su autor, que hace poco alcanzó otro señalado triunfo con la inspirada y mística imagen de San Luis Gonzaga, que dimos también en este Semanario. El jarrón esculpido por Reynés es un trabajo de excelente estilo decorativo, que produce hermoso efecto en aquellos jardines, en medio de los árboles y de las plantas. Siguiendo el camino que marcaron insignes escultores franceses é italianos del siglo XVIII, el mencionado escultor, además de trazar un jarrón de líneas grandiosas, ha enlazado con él una animada escena en la que entran varias figuras de niños. Encaramándose unos en el jarrón para llegar al borde de él, zambulléndose otros en el agua de que está lleno y que mana igualmente por mascarones esculpidos en los lados, secundan los demás la travesura de sus camaradas y no falta alguno de ellos que cariacontecido sale del fondo del jarro después de haber tomado un baño. Reynés ha impreso al grupo de los niños y á toda la escena una vida portentosa. Por las expresiones diríase que aquellos rostros están hablando, y en las actitudes brilla una naturalidad encantadora, haciendo valer las bonitas líneas de los cuerpos, de las extremidades y de las cabezas una ejecución holgada al par que muy cuidadosa en todos los detalles. Reynés, que tan bellamente trató un asunto profundamente religioso, como lo hemos dicho antes, ha hecho alarde de la flexibilidad de su talento desarrollando en el jarrón del Parque una escena llena de verdad, realista en parte, pero á la vez interpretada con una delicadeza que le da cierto aspecto ideal. Estas excepcionales cualidades son causa de que á todas horas un grupo de espectadores rodee el jarrón que hemos descrito, y lo aplauda calurosamente. Deseosos nosotros de popularizar en este periódico las obras que vayan apareciendo en el mundo de las Artes, nos complacemos en publicar una fiel reproducción del jarro decorativo de Reynés, directamente sacada en el Parque por don Ricardo de Valero.

Retratos de Mr. Grover Cleveland,

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS,

y de su esposa Mrs. Cleveland

Saben nuestros lectores que en las últimas elecciones presidenciales de los Estados Unidos, el candidato de los demócratas Mr. Cleveland obtuvo la victoria sobre su competidor Mr. Benjamin Harrison, candidato de los republicanos. Grover Cleveland nació en 1837 y al principio de su carrera se dió ya á conocer como abogado en Nueva York. Más tarde la ciudad de Buffalo le nombró alcalde, y en este cargo demostró ya de un modo claro que poseía un raro talento organizador. Por la energía que

desplegó en la realización de sus proyectos y por su carácter varonil se ganó numerosos amigos y partidarios, logrando que de un estado deplorable y triste pasase aquella ciudad á otro brillante y envidiable, que convirtió á Buffalo en una de las ciudades importantes de la Confederación Americana. Como consecuencia de sus notables servicios obtuvo entonces el puesto de uno de los gobernadores del Estado de Nueva York, en el que dió nuevas pruebas de su espíritu energético. Pronto las miradas de todos se fijaron en él, y cuando se procedió á elecciones para la presidencia en 1884 el partido demócratico le presentó como candidato suyo. Venció entonces á su competidor el republicano Blaine, tomando posesión en 4 de Marzo de 1885 del cargo de Presidente de los Estados Unidos de Norte América. Mister Grover Cleveland, como lo hemos dicho antes, ha obtenido por segunda vez los sufragios de sus conciudadanos para el mencionado puesto, el más elevado de la citada nación. Su joven esposa, cuyo retrato damos asimismo, goza, como su marido, de generales simpatías.



El ruibarbo, del cual Inglaterra, Bélgica, los Países Bajos y algunas comarcas de Alemania hacen un enorme consumo, es, entre nosotros, dice un periódico francés, un alimento de escasísima importancia. Excepción hecha de las tabernas, de los *bars* y de los restaurants ingleses, sólo vemos, y aun raras veces, en los grandes depósitos de comestibles, aquellos manojo de magníficos pecíolos de un blanco verdoso, realzados por el bermellón ó la laca que aparece en sus nervaduras; el ruibarbo no ha adquirido carta de naturaleza en nuestro país.

Es verdad que tiene el inconveniente de prestarse á las burlas, lo cual es un gran escollo en un pueblo tan malicioso como el nuestro. Si alguna vez cometéis la imprudencia de llenar de aquel alimento una tarta ó compota que figure en vuestro menú, preparaos para contestar á uno de vuestros amigos, el cual os preguntará maliciosamente si habéis adivinado que los invitados necesitan purgarse. Esas buenas gentes ignoran aún que medicamentos tan deseados por los enfermos de imaginación como la buena casia y el saludable sen se extraen de la raíz de la planta, y que la naturaleza ha negado la virtud purgativa á los pecíolos que comemos y á las hojas que mezclamos agradablemente con las espinacas.

Además de sus propiedades alimenticias, tiene el ruibarbo la magnificencia de su vegetación, que aboga en favor suyo. Con dificultad se encuentra en las nuevas importaciones de plantas exóticas otra que sea más ornamental, cualquiera que sea el sitio en que se halle, pero en particular cuando se la aísle en el césped. Este año precisamente se ha podido observar la extraordinaria fuerza de la savia del ruibarbo.

Sin embargo, nuestra predilección por esta hermosa planta no llega hasta el extremo de hacernos olvidar sus imperfecciones; la inflorescencia del ruibarbo constituye, por decirlo así, su lado flaco; el extraordinario volumen que presenta antes del nacimiento, promete mucho más de lo que produce. Si se la deja desarrollar, madurar y dar granos, se presenta demasiado deshojada, el espesor de las hojas disminuye en seguida, su verde follaje se altera y se llena de manchas amarillas; por último, el crecimiento del tallo disminuirá la recolección de pecíolos que se esperarán saborear con grandes deseos. Es, pues, práctico suprimir todos los tallos con flor desde el momento que aparecen. Este inconveniente se presenta muy singularmente en el ruibarbo austral y en el ondulado, que son dos de

Nobleza obliga, por Ramón Escaler



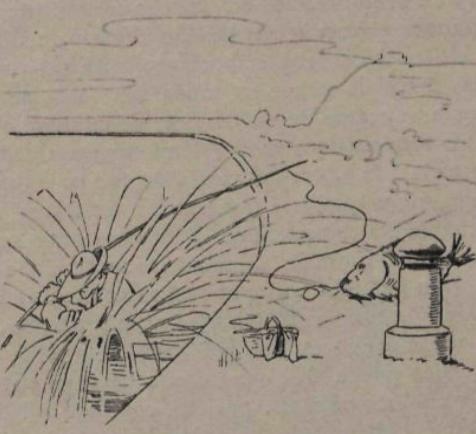
1



2



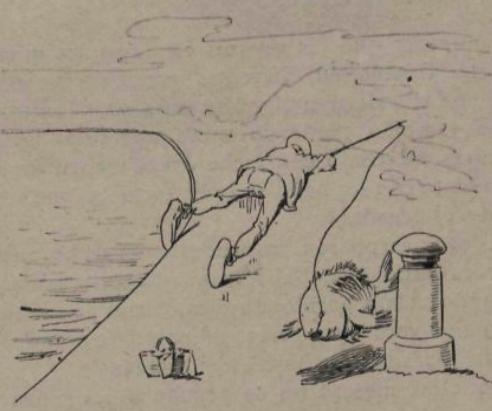
3



4



5



6



7



8.—Vaya, abur y estamos en paz

Escalar

las variedades más conocidas. Si se quiere gozar de la esfuerza es muy conveniente que se dejen crecer los tallos florales del ruibarbo palmeado, el cual puede alcanzar una altura de tres metros, y cuyos límbos, de cinco ó seis lóbulos, recuerdan, por sus grandes dimensiones, los del plátano. Los ingleses, que son muy aficionados á las tartas y compotas de ruibarbo, han importado ó creado, por necesidad, una docena de variedades, que se diferencian tan sólo, entre ellas, por la forma de sus hojas.

El célebre violinista Pugnani tenía una nariz tan extraordinaria que Lavater no había, sin duda, visto otra parecida, y bien puede creerse que la naturaleza no volverá á producirla en el transcurso de muchos siglos: en longitud, era igual al resto de la cara, tomada en su conjunto, y en cuanto á su prominencia, era mucho mayor que la de las más grandes narices aguileñas. Un alfarero de Milán, á quien el artista debía una importante cantidad, tuvo la ocurrencia, á fin de poner en moda sus vasos de todas clases, y para vengarse de su deudor, de mandar que se pintara en el fondo de sus vasos (sobre cuyo uso nada nos dice la historia), la figura del violinista con su estupenda nariz. Pugnani se quejó al gobernador austriaco de la ciudad, y habiendo comparecido el alfarero ante aquella autoridad militar, limitóse, siguiendo la tradición, á desplegar un gran pañuelo, sobre el cual estaba representado el emperador de Austria, diciendo al propio tiempo: «Si Su Majestad Imperial está en mi pañuelo y nada tiene que decir, bien puede M. Pugnani encontrar su efígie en mis vasos y no incomodarse, por eso, conmigo.» No hay que decir que el alfarero fué absuelto.

Para impedir que las moscas ensucien los muebles, espejos, etc., frótense en diferentes partes de los mismos con aceite de laurel, cuyo olor ahuyenta estos insectos. Se destruyen también poniendo sobre una mesa un plato de mercurio mezclado con leche ó agua y azúcar. Si se cubre un plato con un baño de miel, todas las que acudan quedarán á él pegadas.

En las cocinas podrán suspenderse del techo unos ramos de parasitaria ó de alfalfa, salpicada con agua azucarada; cuando ha anochecido se aplica debajo una tabla con un poco de pólvora y pez griego en polvo, se prende fuego y caen casi todas las que haya en el manojo.

Para que las moscas no se peguen á las pinturas se pone en una cazuella de agua un manojo de puerros por espacio de seis ó ocho días, y con esta agua se humedece la pintura.

La leche mezclada con pimienta es un veneno para las moscas sin serlo para el hombre.

Las hojas del tabaco puestas en infusión en agua por espacio de veinticuatro horas, y después que hiervan una, atraen las moscas y éstas perecen infaliblemente.

Para dar á las maderas comunes un color hermoso de caoba, se escogen aquellas cuya textura y veta se le parecen más, y que tienen una densidad y exactitud susceptibles de tomar un bello lustre.

Pásele primero por la superficie de estas maderas agua fuerte ó ácido nítrico debilitado con una cantidad bastante considerable de agua, por cuyo medio se las hace tomar ya un color rojizo. Después se compone un barniz,

haciendo disolver en una botella de espíritu de vino una onza de sangre de drago y otra de carbonato de sosa filtrado ya en este líquido; se dan con él á la madera muchas manos, hasta que adquiere el color de la caoba, y después se le da lustre con un poco de aceite.

—¿Podría usted retratarme con mi mujer? preguntó uno de Calamocha, en una fotografía de Zaragoza.

—Sí; pero ¿dónde está la parienta?

—¡Toma! en mi pueblo.

Aquel que no reconoce al amor como una divinidad poderosa, ó es loco ó ignora por completo lo que pasa en el mundo. Nuestro destino está en sus manos: locura, sabiduría, salud, enfermedad, todo lo concede al que le place; puede hacer que nos amen, que nos deseen y que nos busquen.—CECILIU.

Ciegos por la pasión, casi siempre tienen los amantes por perfecciones los defectos del ser amado... Que tiene el cutis negro, pues lo encuentran del color de la miel. Que es desaseada y repugnante, es una beldad con cierto desaliño. Si es bizca, tiene la mirada de Minerva. Si enjuta como un palo, la ven esbelta como una gacela. Si es de corta estatura, una mujer pequeña es para ellos una de las gracias; su figura es un dije. Si es demasiado alta y robusta, majestuosa. Si es tartamuda ó habla confusa y atropelladamente, esta dificultad es un encanto indecible. Si es muda ó muy callada, es por exceso de pudor ó timidez... En fin, no acabaríamos nunca si fuéramos enumerando todas las ilusiones de este género.—LUCRECIO.

La avaricia de un viejo no tiene sentido común: en efecto ¿podemos imaginar nada más absurdo que aumentar las provisiones de viaje á medida que le queda á uno menos camino por andar?—CICERÓN.

En tiempo de calma piensa en la tempestad; en la adversidad espera días mejores.—DIONISIO CATÓN.

Al pobre le falta poca cosa, pero al avaro le falta todo.—PUBLIUS SYRUS.



UNA FAMILIA EN PELIGRO

Vivimos en una época en que todo tropieza, resbala y cae: nada extraño, pues, que esos infelices labriegos sean víctimas de su desconocimiento de las leyes del equilibrio.

Para demostrar mi aserto le bastará al lector convertirse por pasatiempo en titiritero y entretenerte la fastidiosa velada de invierno con el nuevo *belén* de figuras móviles.

Supongo que habrá guardado los tapones de las botellas de champagne que saltaron el día de Año Nuevo: y digo supongo, porque en mi anterior artículo sobre *muñecas* indiqué la conveniencia de guardar todo lo que las gentes superficiales tiran por la ventana.

Pues bien; esos tapones colocados como indica nuestro



dibujo pueden simular pequeños y ligeros personajes, no más ligeros ni pequeños que otros más encopetados.

La cabeza se forma con una avellana, pintada á la aguada por la parte que estuvo adherida á la cápsula vegetal; se la agujerea antes por lo que llamaremos base del *cráneo* por medio de un alambre ó punzón, dando vueltas hasta que se forme el orificio.

Los brazos pueden ser de madera ligera, y para las piernas se emplearán dos pajuelas de cocina, haciendo servir de pies la cabeza, al revés de lo que sucede á muchos.

Colocado un alambre dentro de la mano del monigote, y en el extremo del alambre un gancho con un peso proporcionado al del personaje, como un tapón, una patata pequeña, etc., se verá como nuestro infeliz labriego, puesto por azar al borde del abismo, se lamenta *mímicamente* con los ademanes más expresivos, por haberle caído, el hato que no puede recoger sin caerse de su roca Tarpeya. En vano se lamenta su hija y se le erizan los pelos de conejo que forman su cabellera: fortuna tiene la niña de que una horquilla clavada en un sitio posterior de su cuerpo la sostenga haciendo tres pies con los indispensables fósforos de cocina.

Toda la cuestión está en que guardando el equilibrio, gracias al peso puesto fuera del centro de gravedad del pobre hombre, éste se mueva cadenciosamente al menor impulso, condenado á sostener su hatillo sin poderle alcanzar, renovando el suplicio de Tántalo.

Esta experiencia es sencilla, curiosa y nada triste, como que se trata de personas que han brincado por los aires, impelidas por los gases del champagne.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

TOR-PE-DO

Solución al acróstico:

PALENCIA

CHARADA

*Prima y dos es cosa clara,
y prima, tercera y cuarta
á más de un prójimo ensarta
y hasta le rasga la cara.*

Las cifras son preferidas
si á tercera y cuarta preceden,
y mil percances suceden
por el cuatro tres traídas.

De Burgos la cuarta y prima
es población algo ignota,
y el todo mucho alborota
cuando se nos echa encima.

Comunicada por D. VICENTE DE JUANA.

JEROGLÍFICO



ENIGMA CUADRADO

A	S	S	A
M	E	I	R
D	I	É	N
A	S	S	A

Combinar las letras de manera que, leídas las de cada columna horizontal y verticalmente, resulte: 1.^a, en la iglesia; 2.^a, nombre de mujer; 3.^a, clase de tejido; 4.^a, se hace en los hornos.

Comunicado por J. SAPETTI, de Madrid.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros correspondientes y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ninguna original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.^o

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

POR
EMILIO BOUAT
DUEÑO DE
LA DROGUERIA
Y FARMACIA
GRAN CERERIA

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS

WERTHEIM

LA ELECTRA
funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCION

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATÓLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUIJAS esteáricas y transparentes, blancas y en colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

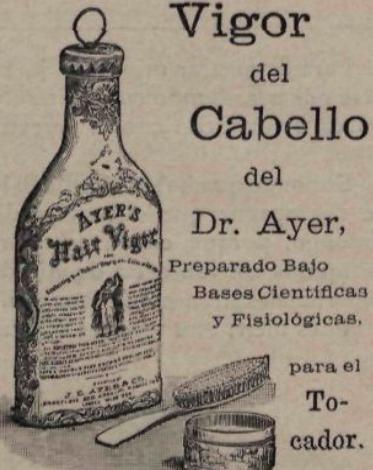
Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

LA TIERRA SANTA

por
D. VÍCTOR GEBHARDT

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta.



El Cabello cuando no se le cuida debidamente pierde su lustre, se pone duro, rasposo y seco, y se cae con profusión al peinarse. Para impedirlo la preparación mejor es el

Vigor del Cabello del Dr. Ayer.

Destruye la caspa, cicatriza los humores molestos del cráneo, devuelve su color original al cabello descolorido y gris, lo pone sedoso y le comunica una agradable fragancia. Con el uso de este cosmético la cabeza menos poblada se cubre de un cabello

Exhuberante y Hermoso.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer es un artículo de tocador muy en voga entre las señoras y caballeros, y á éstos les hace un señalado servicio porque les devuelve y conserva la juventud apariencia de su barba y bigote.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., U.S.A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

CRISTOBAL COLÓN

por
JOSÉ MARÍA ASENSIO

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.



EXQUISITO y DIGESTIVO
SIN RIVAL

REPOSITO: BURDEOS

108, cours du Jardin-Public

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

— DE —
— B A R C E L O N A —

Linea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Linea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Linea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Linea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores y industriales, que recibirán y encaminarán á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.º, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.º — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.º — Málaga; don Luis Duarte.